

JOSÉ R. SILVA DE CHOUDENS Y LA FIDELIDAD AL FILOSOFAR

Miguel A. Badía Cabrera
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras
miguel.badiar@upr.edu

La partida de amigos queridos y admirados, como José R. Silva de Choudens en noviembre de 2019, se convirtió en una ocasión, no exenta de dolor, para hacerme recordar que debemos esforzarnos por liberarnos de la ilusión natural y casi inevitable en nosotros de creernos y actuar como si fuéramos los protagonistas alrededor de quienes giran los acontecimientos que se suceden en la vida de la que tenemos consciencia inmediata. En esos momentos de gran tristeza, por contraste con las excelencias diáfanas que exhibe esa misma humanidad en seres como José, se nos hacen patentemente claros los contornos sombríos de nuestra propia humanidad, no sólo de su finitud y falibilidad, sino de su egocentrismo habitual.

Son muy pocas las personas con las que he podido intimar en que se conjuguen tantos atributos valiosos como en José. Precisamente por esto mismo, cuando vine a conocerlo por primera vez, al final de mi adolescencia, como estudiante en el Departamento de Filosofía, me fue obvio que era imposible que él pudiera pasar desapercibido para nadie: un hombre robusto, fuerte y apuesto, trabajador incansable, poseedor de una inteligencia portentosa, capaz de adentrarse en los campos del saber más diversos y

difíciles, y tan importante como lo anterior, persona de una pieza, sin dobleces, sin pizca de hipocresía ni de vanidad, honesto, valiente, enemigo de la injusticia y la arbitrariedad, además de amigo generoso. Y acaso más que todos sus compañeros de clase que nos convertimos en sus colegas primero en el Departamento de Humanidades en la Facultad de Estudios Generales y, más adelante, en el Departamento de Filosofía, él fue enamorado fiel y devoto ferviente de la filosofía: esto es, de la búsqueda desinteresada, sistemática y racional de la verdad.

En el Departamento de Humanidades José y yo enseñamos el curso de Introducción a la Civilización de Occidente, experiencia que además de fortalecer nuestro conocimiento de la cultura de la antigua Grecia, aumentó nuestro aprecio por la filosofía griega, especialmente Platón y Aristóteles, y encendió la admiración de la literatura griega, en particular, la Iliada. Acaso por eso es que la fidelidad al filosofar que caracterizó la vida entera de José se me asemeja a la actitud de Héctor. Como el héroe troyano, que amando intensamente a su esposa Andrómaca tiene que distanciarse de ella para irse a luchar contra el invasor y proteger a su patria, sus amigos y su familia, José, poseyendo más talento que muchos de nosotros, para confrontar con desprendimiento y efectividad retos impostergables y muy difíciles que la vida le echó encima, no titubeó en posponer la consecución de sus estudios formales a fin de abordar tareas impuestas por el deber y el afecto familiar, sin que esto nunca disminuyera su amor constante por la filosofía. De esta manera, en un momento crítico de su vida, cuando por razones de salud, su hermana gemela Ingrid Silva se vio permanentemente incapacitada para criar a sus dos hijas María Lina y Myrna Consuelo, José, no solo veló diligentemente por el cuidado médico de ella hasta el final de sus días, sino que acogió en su hogar a sus dos sobrinas

convirtiéndolas de primas en hermanas de José Manuel y Mariana, los hijos que procreó con su esposa Ana María García, con quienes convivieron desde bebés hasta su adolescencia. José ocupó varios puestos académicos en Puerto Rico y Estados Unidos durante los años 70 y 80, y en el 1984 recibió una licencia sabática del Recinto Universitario de Mayagüez, en el que a la sazón laboraba como Catedrático de la sección de Filosofía del Departamento de Humanidades. Entonces se mudó con toda su familia y su hermana a Amherst, Massachusetts, donde residió de 1984 a 1987, y se matriculó en la Universidad de Massachusetts para unirse de nuevo más estrechamente con su viejo amor, el filosofar.

Hay que puntualizar que José completó todos los créditos requeridos para el PhD en filosofía en la New School for Social Research de Nueva York en 1966. Ahí comenzó su interés dominante en la filosofía de Leibniz, muy probablemente incentivado por los cursos de Aron Gurwitsch, el gran fenomenólogo que fue colaborador de Husserl y estudioso distinguido del pensamiento leibniziano. Sin embargo, Gurwitsch murió en el 1973, y, por lo tanto, no había razón para que José volviera a la New School al momento en que pudo reiniciar sus estudios doctorales en filosofía a mediados de los años 80. Eligió, en cambio, el recinto de Amherst de la Universidad de Massachusetts porque allí enseñaba Robert C. Sleigh Jr., Profesor Emérito de esa institución y una autoridad mundialmente reconocida en pensadores modernos como Malebranche y Leibniz. Sleigh fue el director de la disertación doctoral de José, la que defendió exitosamente en el 1992. Naturalmente, en ella reflexionó sobre un tema capital en la filosofía de Leibniz: *Preestablished Harmony and Corporeal Substance in Leibniz*. La seriedad y rigurosidad analítica desplegada en esa disertación y otros

trabajos hizo que Robert Sleigh me expresara en una comunicación privada que él tuvo el más alto aprecio (*the highest regard*) por José, quien luego de ser su estudiante en la Universidad de Massachusetts, se convirtió en un “*fellow Leibniz scholar*” y en su amigo.

Pero el de Sleigh no es el único testimonio de filósofos de fama internacional sobre la valía intelectual y personal de José. Otro es el de Stanley Tweyman, Profesor Distinguido de la Universidad de York, Canadá, uno de los exégetas contemporáneos más importantes del pensamiento de Descartes y Hume, y quien en el 2002 como Profesor Invitado del Departamento de Filosofía dictó conferencias sobre Descartes y Hume. Ahí conoció a José, tanto en lo personal como en lo filosófico, pues fue de entre los profesores del Departamento a quien más distinguió por la justeza y agudeza de sus observaciones especialmente sobre Descartes. Tiempo después, al enterarse de su deceso, lo lamentó sentidamente porque, en sus palabras textuales, “he had a keen philosophic mind, and was excellent company”.

El otro intelectual destacado que me comunicó su gran aprecio por la solidez filosófica de José, en particular sobre Leibniz, fue Ezequiel de Olaso (1932-1996), Miembro fundador del Centro de Investigaciones Filosóficas en Argentina y de la Revista Latinoamericana de Filosofía, además especialista de fama mundial en el escepticismo, Descartes y Leibniz. Luego de su visita a nuestro Recinto como Orador Principal en el Ciclo de Actividades Multidisciplinarias en Conmemoración de la Ilustración, celebrado del 23 al 27 de octubre de 1989, conoció a José y sostuvo varias tertulias filosóficas con él. Quedó tan impresionado que de inmediato lo invitó a participar en el congreso *Ortega y Leibniz sobre Los Principios*, patrocinado por el Centro de Investigaciones Filosóficas de

Argentina y la Fundación Ortega y Gasset, el cual se celebró en noviembre de 1989 en Buenos Aires, Argentina. Según Olaso me manifestara poco tiempo después, José tuvo una participación destacadísima, presentando la ponencia “Reflexiones en Torno a *Del Optimismo en Leibniz*” y dejando asombrados incluso a autoridades internacionales en Leibniz y Ortega por el vasto conocimiento, la profundidad de los planteamientos en su ponencia y lo atinado de sus comentarios a trabajos de otros participantes formulados por un filósofo puertorriqueño al que acababan de conocer.

José también supo con su ejemplo, tanto en el salón de clases en nuestro Departamento como en sus ensayos, estimular a sus estudiantes a que perseverasen en la investigación filosófica seria y rigurosa. Uno de estos ensayos memorables de José, “Descartes según Leibniz”, apareció en el número 69 (enero 1997) de *Diálogos* que fue dedicado a José Echeverría Yáñez, Catedrático del Departamento de Filosofía, cuya docencia fue capital para inclinar a José y a muchos de entre nosotros a estudiar filosofía. Hay una obra que Descartes dejó inconclusa, y de la cual Leibniz, el gran filósofo moderno que José estudió por largo tiempo con esmero y brillantez, conservó una copia de un manuscrito y cuyo título completo parece sintetizar a grandes trazos la trayectoria de vida espiritual, moral e intelectual, que José se dispuso recorrer: “La búsqueda de la verdad por la luz natural, que por sí sola, sin pedir el auxilio de la religión ni de la filosofía, determina las opiniones que debe tener un hombre honesto, en lo que toca a todas las cosas que pueden ocupar su pensamiento, y que penetra

incluso en los secretos de las ciencias más curiosas” (*La búsqueda de la verdad por la luz natural*, AT X 495).¹

Y José ciertamente penetró en los secretos de algunas de esas ciencias curiosas de las que habla Descartes. Desde muy temprano, y acaso porque yo también era muy consciente de mis carencias en las disciplinas y labores prácticas y técnicas, no podía dejar de admirar las habilidades pasmosas que José poseía en estos campos útiles del saber, de tal forma que a mí se me asemejaba como un Leonardo da Vinci filósofo; pues él era de facto ingeniero, arquitecto, contratista de construcción, profesión en la que laboró y se ganó el sustento por buen tiempo, e incluso muy diestro en mecánica automotriz. Sin embargo, al igual que Descartes, José buscó “incrementar la luz natural de la razón”, no tanto “porque nos facilita disfrutar de las conveniencias de la vida”, sino porque tal investigación, incluso en aquellas ciencias que se buscan por su utilidad personal o social, “nos proporciona el placer que encontramos en la contemplación de la verdad, que en este mundo es la felicidad completa y casi la única que no es perturbada por el dolor” (*Reglas para la dirección del espíritu*, Regla I, AT X 361).

Es muy posible que la pericia y el trato acostumbrado de José con múltiples materiales como diseñador y maestro de obras en la construcción de residencias espléndidas, armoniosamente adaptadas a su entorno natural y social, le dotó de unas vivencias típicas del productor que tiene contacto directo y experimenta de manera inmediata la resistencia dinámica, o lo que Leibniz denominaba “la espontánea sustancialidad” de la materia sobre la que tiene

¹ *Œuvres de Descartes*, 13 vols., edición de Charles Adam and Paúl Tannery (Paris: Cerf, 1897-1910), X 489-532, de aquí en adelante citada en el texto como AT, seguida por el volumen y el número de página. La traducción al español de los pasajes citados de esta edición es del autor.

que operar para extraer de ella variedades de formas que la convierten en una obra de arte. Esta situación del constructor es muy distinta de la perspectiva del observador que a la distancia simplemente registra las múltiples formas que la materia asume o es capaz de asumir. Me parece, en suma, que su experiencia como constructor fue uno de los factores que llevó a José, por un lado, a rechazar el concepto cartesiano de la materia como *res extensa*, o mera extensión espacial, y por otro lado, a refutar con argumentos contundentes la interpretación idealista de la metafísica de Leibniz dominante en la filosofía contemporánea y defendida por Stuart Brown, uno de los estudiosos más famosos de Leibniz. Desde una perspectiva amplia —que resalta la influencia crucial en Leibniz de Platón al rehabilitar la noción de “esencias”, y de Aristóteles, al reformular una concepción hilemórfica de la materia—, José propuso, en cambio, una interpretación dualista de la metafísica de Leibniz dentro de la cual es más que razonable afirmar la existencia de sustancias corpóreas.²

Ahora bien, lo que más quiero acentuar aquí es que tanto estas labores prácticas y productivas como sus tareas académicas, docentes y no-docentes, dentro y fuera de la Universidad, José las desempeñó como un hombre honesto, cabalmente bueno. Y es este rasgo de su persona el que creo que es más digno de imitación por todos nosotros y está más a nuestro alcance. Dicho de otra manera, pienso que debiéramos vivir como José, quien vivió no como protagonista, sino como un personaje secundario de su propia vida, sabiendo incluso que a veces hay que posponer el goce que da el filosofar para tender una mano amiga y

² Véase en particular el artículo “Are there Corporeal Substances for Leibniz? A Reaction to Stuart Brown”, *Diálogos* 55 (enero 1990), pp. 39-69.

auxiliar de manera generosa a familiares, amistades e incluso a extraños menos afortunados que necesitaron de su ayuda para echar hacia delante. Al hacer esto José actuó a la manera en que Cicerón en *Los deberes*, obra que tanto él como sus colegas de Estudios Generales estudiábamos en clase, proclamaba que había que actuar en ciertas ocasiones, sacrificando los placeres teóricos y lo que es lo útil para nosotros mismos en aras de lo honesto, de tal forma que un filósofo no parpadearía en dejar de investigar para socorrer a un hijo enfermo o a un amigo necesitado.

A la luz de todo lo dicho acerca de su carácter e intelecto y sus logros filosóficos, me imagino lo doloroso que debe de haber sido para José percatarse en los comienzos de su enfermedad de que ya no podría disfrutar de la felicidad que da el filosofar. Sin embargo, si bien el Alzheimer le perturbó su perspicacia intelectual, no le pudo arrebatar nada de lo más importante de su ser, es decir, su robusta humanidad. La última vez que mi esposa Celín Rivera y yo vimos a José en su casa fue alrededor de tres meses antes de su muerte. Nos recibió con alegría, aunque creo que se le hizo muy difícil reconocernos. A pesar de que ya no podía emitir sonidos articulados, estaba aún fuerte y caminaba con soltura, si bien algo desorientado de un lado a otro, para ir invariablemente a donde se encontraba su esposa Ana María a posarle un beso sobre su cabeza, manifestando con ese gesto de ternura no sólo que su amor por ella, sino que también su bondad y su gratitud permanecían incólumes.